

# El enigma



historia  
de mi  
cambio  
de sexo

jan  
morris



James Morris aparentemente tenía una envidiable carrera como escritor, periodista, militar y viajero. Se había casado y había llegado a tener cinco hijos. Y aun así se sentía incompleto, insatisfecho con su cuerpo. Y es que desde que tenía cuatro años había sido consciente de que su cuerpo no debería ser el de un hombre. Porque él se sentía una mujer. A mediados de la década de 1960 empezó a hormonarse, dando de este modo el primer paso de un lento y angustioso proceso que culminaría en 1972 con un viaje a Casablanca, donde finalmente se sometería a cirugía y alcanzaría sus anhelos.

*El enigma*, uno de los primeros libros que abordaron abiertamente el tema de la transexualidad, es el heroico relato de esa dura, pero deseada metamorfosis a la que se sometió para conseguir el aspecto externo de la Jan que siempre fue en su interior. Un testimonio valiente y honesto, escrito por una autora con sobrado talento para emocionar sin caer en el melodrama y para transmitirnos con franqueza sus sufrimientos y sus alegrías.

## Índice de contenido

Cubierta

El enigma

Prólogo

Agradecimientos

1 Debajo del piano. – Sobre el mar. – Transexualidad. – Mi dilema.

2 Viviendo en el engaño. – El nido de aves canoras. – En Oxford. – Un bultito. – En la catedral. – Risas.

3 El sexo y mi dilema. – En el henil. – El género y el gran Bolsover.

4 El saludo del coronel. – La vida militar. – Un impostor en el comedor de oficiales. – Otto. – Las no personas.

5 Identidad. – Precedentes de varias clases. – El doctor Benjamin. – «¡Modificar el cuerpo!».

6 «¡Cero!».

7 Rescate. – Un gran amor. – Objetos de arte. – El ruiseñor.

8 Tres patronos. – «Cualquiera del Guardian». – Media columna. – Entre los egipcios. – Aversión.

9 Al Everest. – El esplendor masculino. – El ritmo masculino. – Un hombre sagrado.

10 ¿Síntomas de paranoia? – Un mundo detestable. – No hay sitio para mí.

11 Satisfacer mis sentidos. – La sensualidad de Venecia. – El consuelo de África. – Sublimaciones.

12 Cambiar de sexo. – Efectos hormonales. – Una condición precaria. – Autoprotección. – Normas.

13 Oxford de nuevo. – Logística. – Jan. – «¡Adelante!».

14 Sobre cirugía.

15 Trefan. – El último verano. – Sobre el carácter galés. – Hacia el país del mago.

16 Casablanca. – En la clínica. – Una idea pasmosa. – Normalización. – ¡Camaradas! – Abandono África como una nueva persona.

17 ¿Por simple diversión? – Modales apropiados. – Puntos de vista sobre la vida. – Sensaciones femeninas. – Olvido.

18 Todavía problemas. – Una pregunta tonta. – «Uno se queda desconcertado». – ¿Arrepentimiento?

19 La condición humana. – Especulaciones. – Aún debajo del piano.

Sobre la autora

Notas

## Prólogo

Este libro describe un complejo enredo de mi vida y la redacción de algunas partes del mismo ha constituido una labor muy penosa. Como soy de carácter alegre, poco inclinada al autoanálisis y extraordinariamente venturosa en todos los demás aspectos, me ha resultado bastante duro remover pasadas angustias y ambigüedades. Sin embargo, me he esforzado al máximo para que la estimación de mí misma sea sincera y, por lo menos, el optimismo y el buen humor afloran con frecuencia. En los puntos donde hay omisiones, éstas tienen por objeto, generalmente, ahorrar congojas a otras personas, y sólo en alguna ocasión evitarme el evocar ciertos momentos desagradables. Las evasivas, cuando se dan, obedecen más bien a cuestiones de índole estética que a una preocupación por mantener el secreto. Si el conjunto de la narración queda empañado por una apariencia de arcano, ello se debe a que así es como lo veo. Ofrezco con timidez este trabajo, como una confidencia: de cariño para mi familia, de explicación para mis amigos y de solidaridad para con todos mis camaradas, de cualquier parte del mundo, que sufren todavía la misma causa solitaria y las consecuencias de algo que no buscaron.

J.M.  
*Bath, 1973*

## Agradecimientos

*Debo expresar mi gratitud a cuantos, mediante la lectura del primitivo borrador de mi libro, colaboraron y me apoyaron en el curso de esta autoexploración, aunque de manera especial, naturalmente, a Elizabeth y Mark, que conocían el terreno tan bien como yo y a menudo me indicaban la ruta que había que seguir.*

*Las citas del doctor Robert Stoller proceden de su obra Sex and Gender, Hogarth Press, Londres, 1968. El pasaje de C. S. Lewis corresponde a Perelandra, The Bodley Head, Londres, 1943. Los versos de Cecil Day Lewis son de Overtures to Death, Jonathan Cape, Londres, 1938.*

# 1

## **Debajo del piano. – Sobre el mar. – Transexualidad. – Mi dilema.**

Contaba tres años de edad, acaso cuatro, cuando comprendí que había nacido con un cuerpo equivocado y que, en realidad, debería ser una niña. Puedo revivir perfectamente ese momento, que es el primer recuerdo de mi existencia.

Estaba sentado debajo del piano de mi madre y las notas musicales caían en torno mío como una catarata circular que me encerraba en una especie de caverna. Las achaparradas patas cilíndricas del piano parecían tres estalactitas negras y la caja de resonancia era una bóveda oscura encima de mi cabeza. Probablemente mi madre estaba interpretando a Sibelius, ya que por aquel entonces ella disfrutaba de un período finés, y no cabe duda de que, escuchado *debajo* del piano, Sibelius puede ser un compositor muy ruidoso; pero siempre me encantó aquel refugio, donde a veces trazaba dibujos en las partituras amontonadas a mi alrededor o sujetaba al infeliz de mi gato para que me hiciese compañía.

He olvidado hace mucho tiempo qué fue lo que provocó tan extraña idea, pero ese convencimiento se mantuvo inalterable desde el principio. En apariencia, era puro disparate. Para la mayoría de la gente, al parecer, yo era una criatura normal, que gozaba de una infancia dichosa. Ado-



rable y querido, se me educaba en la bondad, la sensatez y la prudencia, me mimaban hasta un punto razonable, conocí a edad temprana a Huckleberry Finn y *Alicia en el País de las Maravillas* y me enseñaron a tratar bien a los animales domésticos, a expresarme con elegante donaire, a tener buena opinión de mí mismo y a lavarme las manos antes del té. Nunca me faltaba auditorio. Mi seguridad era absoluta. Cuando vuelvo la mirada hacia mi niñez, como se puede volver la cabeza para recrearse contemplando una alameda azotada por el viento, sólo vislumbro alegría de rayos de sol, porque, claro, por aquellas fechas, el tiempo era mucho mejor, los veranos eran auténticos veranos y me parece recordar que sólo llovía en rarísimas ocasiones.

Para centrarme más en el tema: según las pautas de la lógica, yo era a todas luces un chico. Era James Humphry Morris, varón. Tenía cuerpo de muchacho. Llevaba ropas masculinas. Es cierto que mi madre hubiese querido que yo fuera niña, pero nunca me trataron como tal. También es verdad que las visitas efusivas a veces me apretaban contra sus pieles de zorro y sus bolsitas de lavanda para murmurar que, con un pelo tan rizado como el mío, era una lástima que no hubiese nacido niña. Como era el más pequeño de tres hermanos, en una familia que pronto iba a quedarse sin el padre, no cabe duda de que tenía bastante de niño consentido. Sin embargo, no era lo que generalmente se tacha de afeminado. Nadie se burló de mí en el jardín de infancia. No se me quedaban mirando por la calle. Si hubiera anunciado el descubrimiento acerca de mí mismo hecho debajo del piano, es posible que mi familia no se sobresaltara (el hermafrodita *Orlando*, de Virginia Woolf, ya estaba en casa), pero, desde luego, se habrían quedado muy sorprendidos.

No es que se me ocurriese revelarlo. Ni por asomo. Lo acariciaba como un secreto, que durante veinte años no compartí con nadie. Al principio, no lo consideré especial-

mente significativo. En cuanto a la sexualidad, mi actitud fue tan vaga como la de cualquier otro chiquillo, y supuse que aquello sería simplemente una diferencia entre tantas otras. Porque, en cierto modo, me daba cuenta de que yo era distinto. Nadie me apremió nunca a ser como los demás niños: la conformidad no era virtud ambicionada en nuestro hogar. Descendíamos, todos lo sabíamos, de un linaje de antepasados singulares y uniones poco comunes; galés, normando, cuáquero, y jamás pensé que tuviese que parecerme a algún otro congénere.

En consecuencia, era un chico solitario y ahora me doy cuenta de que determinados conflictos internos, formulados sólo a medias, me impulsaban a aislarme más. Cuando mis hermanos estaban en el colegio, vagaba a solas, como una nube sobre las colinas, entre las peñas, chapoteaba por el barro de las riberas o sondeaba los remansos rocosos del canal de Bristol; a veces, trataba de pescar anguilas en las inhospitalarias ciénagas del interior o miraba por el telescopio los barcos que iban a Newport o Avonmouth. Si dirigía la vista hacia el este, contemplaba la línea de las colinas de Mendip, a cuyo abrigo los parientes de mi madre, modestos hacendados rurales, prosperaban en vida y eran recordados mediante una placa conmemorativa a su muerte. Si volvía la mirada hacia el oeste, me era posible ver la masa azulada de las montañas galesas, mucho más emocionantes para mí, al pie de las cuales habían vivido siempre los familiares de mi padre... «personas arrogantes y decentes», como me las definió un primo mío, algunas de las cuales aún hablaban galés y todas ellas se mantenían unidas, generación tras generación, por un común amor a la música. Solía sentir que ambas perspectivas eran mías, y esa sensación de doble pertenencia me proporcionaba a veces un embriagador sentimiento de universalidad, como si a dondequiera que mirase me fuese posible ver algún aspecto de mí mismo... una ilusión malsana, según he comprobado, ya que posterior-

mente llegó a hacerme creer que no merecía la pena visitar ningún país o ciudad, a menos que poseyera allí una casa o hubiese escrito un libro sobre ellos. Como todas las fantasías napoleónicas, era también una sensación que me aislaba aún más. Si todo era mío, entonces yo no pertenecía a ningún sitio particular del conjunto. Las personas a las que observaba desde mi cumbre, trabajando sus granjas, atendiendo sus establecimientos comerciales, disfrutando de sus jornadas festivas a la orilla del mar, habitaban un mundo distinto al mío. Todos se mantenían unidos, yo me encontraba solo. Eran miembros de una sociedad, yo era un forastero. Conversaban entre sí, empleando palabras que todos entendían y tratando temas que a todos interesaban. Yo hablaba una lengua exclusivamente personal y pensaba cosas que no podían por menos que aburrir a los demás. A veces, me pedían que los dejase echar un vistazo por mi telescopio, cosa que me producía enorme placer. El instrumento óptico desempeñaba un papel importantísimo en mis quimeras y conjeturas, acaso porque parecía darme la oportunidad de ojear el interior de unos mundos lejanos, y cuando, a los ocho o nueve años de edad, escribí las primeras páginas de un libro, lo llamé *Viajes con un telescopio*, un título que por lo demás no era demasiado malo. De forma que siempre me sentía complacido cuando, tras los preliminares comentarios zumbones —«*¿Es un telescopio muy grande para un niño tan pequeño! ¿A quién estás buscando? ¿A Gandhi?*»—, manifestaban el deseo de probar por sí mismos. Por una parte, era terriblemente vanidoso y me encantaba demostrar mi pericia enfocando para ellos el objetivo sobre el buque faro de las zonas inglesa y galesa. Por otra, el breve contacto de la petición hacía que me sintiera más *corriente y ordinario*.

Como era muy tímido, a menudo me quedaba en segundo plano, por decirlo así, para contemplar mi propia figura mientras daba traspies por los montes o me tendía

en el esponjoso césped, bajo el sol. El paisaje de fondo, al menos en mi memoria, era brillante y de contornos bien definidos, como un cuadro prerrafaelita. Puede que el cielo no fuese siempre azul, pero desde luego era claro como el cristal y lo único que lo manchaba era el humo de algún buque carbonero que navegaba canal arriba o la sucia neblina de miasmas que flotaba sobre los valles de Swansea. Abundaban los gavilanes y alondras, había conejos por todas partes, las comadreas anidaban en los helechos y, llegado el momento, surcaba el aire por encima de las colinas, zumbando pesadamente, el diario biplano De Havilland, rumbo a Cardiff.

Mis emociones, no obstante, eran mucho menos precisas y definibles. El convencimiento de tener un sexo que no me correspondía no pasaba de ser más que una idea confusa, escondida en el fondo de mi espíritu, pero, aunque no era desdichado, sí me sentía perplejo. Incluso entonces, aquella silenciosa temprana infancia junto al mar me parecía extrañamente incompleta. Anhelaba algo, sin saber qué era, tenía la impresión de que en mi diseño faltaba una pieza o de que alguno de mis elementos, que debía ser firme y permanente, era en cambio inestable y difuso. Todo parecía mejor determinado para aquellas personas del pie de la colina. *Sus* vidas, al parecer, estaban predestinadas, como si, al igual que el viejo De Havilland, se contentaran con ceñirse a su camino cotidiano, a sus cómodas vibraciones. Mi vida, en cambio, se parecía más bien al movimiento de un planeador, etéreo y delicioso quizá, pero carente de dirección. Ello me producía un desconcierto constante, que no iba a abandonarme jamás, y ahora lo considero el punto de partida de mi dilema vital. Si mis paisajes eran Millais o Holman Hunt, mis introspecciones eran puro Turner, como si la incertidumbre interior pudiera representarse a base de torbellinos y nubes de color, una calina dentro de mí. No sabía con exactitud dónde estaba: en la cabeza, en el corazón, en los riñones,

en la sangre. Ignoraba también si debía sentirme orgulloso, avergonzado, agradecido o resentido. En ocasiones, pensaba que sería más feliz sin esa incertidumbre; otras, tenía la impresión de que era fundamental para mi ser. Acaso llegara un día, cuando hubiese crecido, en que mi persona fuese tan consistente como parecían serlo las demás: pero tal vez estaba destinado a ser siempre una criatura compuesta de gotitas de rocío y fragmentos menudos, que vagaría estérilmente por aquella ruta inconsecuente.

Describo mi incertidumbre en términos esotéricos y todavía la veo como un misterio. En verdad, nadie sabe por qué algunos niños, varones y hembras, descubren en sí mismos la inexpugnable convicción de que, pese a todas las evidencias físicas, pertenecen verdaderamente al sexo opuesto. A menudo, los síntomas aparecen cuando el niño es aún un bebé, y generalmente están profundamente arraigados, como en mi caso, a la edad de cuatro o cinco años. Algunos teóricos suponen que la criatura nace con ello: quizá quedan por descubrir factores constitutivos o genéticos o acaso, como han sugerido diversos científicos norteamericanos, el feto se ve afectado por hormonas del otro sexo durante el embarazo. Muchos otros creen que no es más que la consecuencia del medio ambiente inicial: una identificación excesiva con alguno de los padres, un padre o una madre dominante, una infancia demasiado afeminada o demasiado hombruna. No faltan tampoco quienes opinan que la causa puede ser en parte constitucional y en parte ambiental... nadie nace totalmente masculino o enteramente femenino, y cabe la posibilidad de que algunos niños sean más susceptibles que otros a lo que los psicólogos llaman la «impronta de las circunstancias».

Sea cual fuere la causa, hay miles de personas, quizá centenares de miles, que sufren hoy esta condición. Se le ha dado recientemente el nombre de transexualidad y en

su forma clásica es tan distinta del travestismo como de la propia homosexualidad. Tanto los travestís como los homosexuales creen a veces que serían más felices si pudieran cambiar de sexo, pero, por regla general, están equivocados. El travestí obtiene su satisfacción específica del hecho de vestir prendas del sexo opuesto y sacrificaría su placer al *pasarse* a ese sexo; el homosexual, por definición, prefiere practicar el amor con otros de su mismo sexo y, caso de cambiar, no haría más que alienarse y alienarlos. La transexualidad es algo de carácter distinto. No se trata de un modo o preferencia sexual. Tampoco es, en absoluto, un acto sexual. Es una convicción vehemente, vitalicia, inextirpable, y ningún auténtico transexual se ha desembarazado de ella.

He pretendido analizar mis emociones infantiles y manifestar lo que pensaba cuando me declaraba a mí mismo que era una chica en un cuerpo de muchacho. ¿Cuál era mi razonamiento? ¿Dónde estaban mis pruebas? ¿Creía, simplemente, que debía comportarme como una niña? ¿Opinaba que deberían tratarme como si lo fuese? ¿Había decidido que era preferible que creciese como una mujer, más que como un hombre? ¿Acaso algún legado de la Gran Guerra, que tantos estragos causó y, finalmente, acabó con la vida de mi padre, hizo que las pasiones y los instintos de los hombres me resultaran repugnantes?

¿O fue sólo que algo se deterioró, durante los meses que pasé en el seno materno, de forma que las hormonas se distribuyeron mal, y mi convicción no se basaba en ningún razonamiento?

Freudianos y antifreudianos, sociólogos y ambientalistas, parientes y amistades, íntimos y simples conocidos, editores y agentes literarios, religiosos y científicos, cínicos y compasivos, impúdicos y puritanos... todos me han venido formulando esas preguntas desde hace mucho tiempo, y con gran frecuencia han aportado también las correspondientes respuestas, pero, por lo que a mí concierne,

continúa siendo un enigma. Así sea. Si he recordado mi infancia brevemente y de modo impresionista, como un *ballet* visto a través de una cortina de seda, en parte es porque la recuerdo sólo como un sueño y en parte porque no deseo hacerla responsable de mi dilema. En todos los demás aspectos, fue una infancia estupenda y que todavía agradezco.

En cualquier caso, veo personalmente el enigma en otra perspectiva, pues creo que tiene un origen o sentido más elevado. Lo considero igual que la idea de alma, o identidad, y creo que no se trata sólo de un problema sexual, sino que es también una búsqueda de la unidad. Para mí, cualquier aspecto de mi vida está relacionado con esa búsqueda... no exclusivamente los impulsos sexuales, sino también todas las imágenes, sonidos y olores que recuerdo, las influencias de edificios, paisajes y camaraderías, la capacidad de amar y de afligirse, las satisfacciones de los sentidos, así como las del cuerpo. En mi espíritu, es un tema que supera con mucho la sexualidad: no reconozco lascivia ninguna en él y lo considero, por encima de todo, como un dilema que no es ni corporal ni mental, sino espiritual.

Con todo, durante cuarenta años, a raíz de aquella cita con Sibelius, un designio sexual dominó, apesadumbró y torturó mi existencia: el trágico e irracional anhelo, instintivamente formulado, aunque deliberadamente perseguido, de eludir la masculinidad para integrarme en la feminidad.